

el predominio de los motivos lineales y de los zigzags, si bien no puede olvidarse que se dan diseños decorativos de gran complejidad simbólica, como en el cántaro del grupo estratigráfico 100 en el que se reproduce un antropomorfo oculado.

Los recipientes serán utilizados, por un lado como contenedores, especialmente para el almacenamiento de agua y puede que también de grano aunque no hay que olvidar que este es más fácil de guardar y transportar en cestos de mimbre o en sacos, por lo que es bastante probable que determinados recipientes se usaran no como contenedores directos de grano sino para guardar o fermentar la pasta del cereal y de otros productos (González-Ruibal, 2005, 45); así por ejemplo, está bien documentado etnográficamente la elaboración de diversos tipos de líquidos fermentados como la cerveza, la hidromiel y otros tipos derivados de productos locales, por lo general recolectados; a este respecto, no queremos pasar por alto que los estudios arqueobotánicos han documentado la presencia de *Arbutus unedo*, el madroño o “arbusto del que solo se come un fruto” por el alto contenido alcohólico contenido en las bayas maduras y usado entre otras cosas para obtener bebidas alcohólicas mediante fermentación.

Determinados tipos cerámicos se convertirán en utensilios básicos en la transformación de alimentos posibilitando el hervido, sistema que permite “...un mayor aporte al cuerpo humano de proteínas, lípidos, glúcidos, vitaminas e hidratos de carbono.” (Gusi, 2001, 155); el predominio de las formas ovoides y los restos de ahumado y cremación de las caras exteriores que pudieran conservarse indicarían este uso culinario; las formas bajas y abiertas como las escudillas o las fuentes, asociadas a la fase de cerámicas lisas, nos hablan de una doble función, la de la preparación del alimento (por ejemplo las tortas de cereal) y su servicio individual o bien colectivo, en este último caso, utilizando los vasos de mayor tamaño cuyo contexto de uso se asocia generalmente a determinadas ocasiones rituales o festivas (González-Ruibal, 2005, 47).

Los vasos individuales para el consumo de caldos o servicio de salsas (cuencos) y otros tipos destinados al almacenaje de otros alimentos como frutas, miel, etc., conforman un elenco de formas que nos hablan de pautas culturales relacionadas con la alimentación de la comunidad (González Ruibal, 2005, 61), con un mayor uso de determinados tipos y con ello un mayor desgaste y pronta sustitución que se reflejará en el registro arqueológico.

Además, los fragmentos cerámicos de Costamar nos aportan una información adicional: su ornamentación. La decoración de los vasos, normalmente ocupando el tercio superior del recipiente, está realizada básicamente con la técnica de la incisión y la impresión, reservándose la decoración plástica a los vasos de mayor tamaño, y en ocasiones presentan restos de almagra, si bien en este caso, su existencia está directamente relacionada con el estado de conservación de la pieza. Los motivos decorativos, líneas, zigzags, orlas, triángulos, soles, ramiformes, etc., se combinarán formando verdaderos esquemas decorativos que apuntan hacia un simbolismo definido culturalmente, cuyas manifestaciones pueden ser rastreadas en el arte parietal, siendo el vaso cerámico un soporte más de este verdadero lenguaje simbólico. Al margen de las apreciaciones cronológicas que puedan derivarse del estudio estilístico de los vasos, los motivos representados se localizan en un gran número de asentamientos distribuidos a lo largo de buena parte de la franja mediterránea peninsular, al menos desde el VI milenio cal BC; esta generalización temática, estilística y simbólica, obedece a una concepción global que trasciende más allá de los límites inmediatos de explotación del territorio ocupado por una comunidad. La transmisión de ideas, el intercambio de bienes, los lazos comarcales e interregionales empiezan a ser vislumbrados a medida que se conocen más datos sobre este periodo. Así, aunque la fabricación de los recipientes sea local, la tecnología empleada, los elementos superfluos como la simbología reflejada en los motivos decorativos, e incluso la transmisión de su técnica, nos hablan de un elemento de cohesión intergrupala que permite definir el periodo. No en vano, la cerámica implica la existencia de un conocimiento técnico por parte de ciertos miembros de una comunidad, por lo general las mujeres, que será transmitido de madres a hijas, dando una cohesión a la cultura material que quizás pueda ser analizada desde los ámbitos regionales.

El vaso cerámico, con su funcionalidad y con toda su carga simbólica, se nos presenta como un elemento de análisis complejo que puede ser abordado desde múltiples ópticas (técnicas, cronológicas, estilísticas, etc.) pero sobre todo no puede hacernos olvidar que su estudio debe estar encaminado al conocimiento de las comunidades que lo crearon.

INTRODUCCIÓN

Frente al abundante registro neolítico, la aparición en el curso de las excavaciones de un grupo de estructuras que se encuadra en la edad del bronce, ha permitido aportar una serie de datos de gran interés para comprender la evolución del poblamiento en Costamar durante parte del segundo milenio, así como su tránsito a los momentos más tempranos del primer milenio. Como se ha explicado en capítulos anteriores, las estructuras negativas que se han documentado, algunas de ellas de una complejidad notable como el grupo estratigráfico 108, no destacan por su cantidad; sin embargo, han aportado un rico repertorio de cerámicas que permite hacernos una idea bastante completa de la cultura material de este periodo.

El volumen total de fragmentos catalogados que se enmarcan en el bronce asciende a 14.317, de los cuales 13.427 pertenecen a la unidad habitacional 108. De esta ingente cantidad de material se han seleccionado los perfiles más completos, así como los restos que presentaban decoraciones, con la finalidad de componer una imagen aproximada del panorama cerámico. Esto quiere decir que la ardua tarea de acometer el estudio final de todo el volumen de cerámicas está por hacer y por lo tanto los resultados que se van a exponer a continuación constituyen un esbozo que se verá completado en el futuro con la catalogación de cada elemento. De igual manera, sospechamos que las conclusiones no van a variar mucho en este sentido puesto que los restos tienden a reproducir unos parámetros formales y decorativos recurrentes.

La realización de dos dataciones radiocarbónicas ha permitido clarificar el esquema evolutivo de los restos que se adscriben a este periodo, de tal manera que la exposición de los conjuntos se hará siguiendo la siguiente secuencia:

- Grupo estratigráfico 97-350. Tal y como se ha explicado en epígrafes precedentes es un rebaje en el terreno de superficie notable que presenta en su interior toda una serie de cubetas, que se ha interpretado como un hipotético "granero". Esta estructura de almacenaje compleja contrasta de un modo patente con las agrupaciones de estructuras que se habían observado en el periodo neolítico. La muestra para realizar la datación (referencia de laboratorio Beta-264155) se tomó de unidad estratigráfica 9703, un depósito de amortización documentado en el interior de la estructura negativa que cubría todas las cubetas, y se hizo sobre un fragmento de molar (m 4) de un ejemplar de *Bos taurus* que ofrece una cronología de 3000 ± 40 BP, calibrada a dos sigmas, 1380 - 1120 aC. (Véase pags. 162 ss.)

-Grupo estratigráfico 108. Esta estructura habitacional, se ha interpretado como una cabaña cuyo fondo estaría excavado en el terreno. La potencia que alcanza la secuencia estratigráfica es considerable, de tal manera que se han podido documentar cuatro fases de ocupación consecutivas, así como un momento definitivo de abandono. La datación (referencia de laboratorio Beta-264154) en este caso se hizo sobre un hueso de *Cervus elaphus* que arroja una fecha de 2880 ± 40 , calibrada a dos sigmas, 1208 - 930 aC. La muestra se recogió en la unidad estratigráfica 10832 (C53, Z=254), que se corresponde con uno de los niveles de pavimento de la fase III de ocupación.

-Grupo estratigráfico 33-286 y grupo estratigráfico 67-320. Carecemos de dataciones radiocarbónicas para estas estructuras, sin embargo, creemos que la colmatación de estos silos (unidades estratigráficas 3302 y 6702 respectivamente) se produjo en un momento posterior al abandono de la estructura habitacional 108. Los restos cerámicos apuntan a una cronología que se enmarcaría a inicios del primer milenio.

Como ya se ha comentado en el apartado relacionado con la sincronía y diacronía de las estructuras, donde se detallan los criterios para la adscripción a una fase determinada de la totalidad de las estructuras analizadas, algunas de las asignadas a estos dos momentos de ocupación –genéricamente bronce tardío y bronce final–, no presentan demasiados materiales (algunas tienen menos de cinco fragmentos cerámicos) y su adscripción se ha realizado atendiendo a las características tecnopológicas observadas, por lo que estas estructuras, asignadas provisionalmente a estos dos

periodos, como por ejemplo los grupos estratigráfico 42-295 y 214-467, ambas asignadas al bronce final, deberán ser tomadas con todas las cautelas como explicaremos más adelante.

No obstante, tendríamos un primer grupo de materiales que se enmarcaría entre 1380-1120 aC (grupo estratigráfico 97-350, con un total de 491 fragmentos cerámicos); un segundo entre el 1208-930 aC (grupo estratigráfico 108, con un total de 13.427 fragmentos); y a ellos habría que sumar los 113 fragmentos provenientes de otras seis estructuras, adscritas a este momento por sus semejanzas técnicas y formales: tipo de pasta, de cocción, tratamiento superficial y formas.

Por último, una serie de restos, cuantitativamente mucho menos importantes, que se deberían fechar con posterioridad al 1000 aC, está representado por el grupo estratigráfico 33-286, con 88 fragmentos cerámicos; y 67-320 que cuenta solo con cuatro fragmentos, si bien tres de ellos son perfiles enteros. De los 12 grupos estratigráficos restantes asignados a esta fase cabe destacar la estructura 214-467 ya mencionada, que aglutina 91 fragmentos de un total de 194 fragmentos inventariados.

Las dataciones obtenidas presentan una serie de particularidades que a nuestro juicio hay que subrayar. Un aspecto que se evidencia es cómo los segmentos temporales de los grupos estratigráficos 97-350 y 108 se solapan. Aunque hemos establecido una relación de anterioridad de la primera con respecto a la segunda, hay que tener presente que estadísticamente existen las mismas probabilidades de que ambos conjuntos fuesen sincrónicos, al menos durante el segmento temporal que va del 1208 al 1120 aC, por lo que ambas estructuras podrían haber estado funcionando a la vez. Por otro lado, la asignación cronológica que se ha establecido para los grupos estratigráficos 33-286 y 67-320 se basan en una conjetura más endeble. Como se ha expresado con anterioridad, en los dos casos se ha empleado como criterio de datación el establecimiento de paralelos con los materiales de otros yacimientos, con un obstáculo importante de partida, y es la escasez de materiales que estos depósitos presentan, a pesar que pueda haber formas más o menos significativas.

Todas las fechas expuestas hasta ahora sitúan los conjuntos recuperados en Costamar en lo que se ha denominado bronce tardío y bronce final. Puesto que la mayor parte de la cerámica se enmarca en la segunda mitad del segundo milenio, antes de describir los hallazgos de forma pormenorizada, esbozaremos un estado de la cuestión en el que se encuentra la investigación de este complejo periodo.

EL BRONCE TARDÍO EN EL ÁREA VALENCIANA AL NORTE DEL ALTO VINALOPÓ

Desde que Miquel Tarradell definiese las características de lo que se ha denominado bronce valenciano (Tarradell, 1962; 1969), una de las preocupaciones más recurrentes dentro de la investigación, especialmente a partir de la década de los 80, ha sido el establecimiento de sus fases internas, abordada desde diferentes campos (Barrachina, 2004, 18). Esta intensa labor ha desembocado en el establecimiento de una periodización que se desarrolla durante un extenso periodo que va de finales del III milenio a inicios del I milenio, aunque no siempre expresada con los mismos términos y con los mismos límites cronológicos (*vid.* a este respecto la completas explicaciones de M^a. J. De Pedro y A. Barrachina; De Pedro, 1998, 5-17; Barrachina, 2004, 495-503). A pesar de que el establecimiento de las distintas fases culturales en las que se subdivide la edad del bronce en el territorio valenciano varía según el autor, así como la concreción cronológica de cada uno de ellas, hoy en día existe en la bibliografía especializada una aceptación más o menos generalizada de la existencia de una serie de grandes horizontes.

El primer gran periodo que se puede fijar va aproximadamente desde el 2200 hasta el 1500 aC (De Pedro, 2004, 43). En este segmento de tiempo se ha intentado implantar una diferencia entre lo que se ha llamado el bronce antiguo, más apegado a las tradiciones eneolíticas, y un bronce pleno, fase en el que ya estarían plenamente desarrolladas las características propias del bronce valenciano. Con todo, se ha advertido en más de un trabajo que esta doble diferenciación, sobre todo en el territorio situado al norte del Vinalopó, es complicada ya que los cambios que propiciarían el paso de un momento a otro serían demasiado sutiles (De Pedro, 1998, 272). Establecer esta distinción es especialmente compleja debido al "ruido" que incorpora la pervivencia de un conjunto de rasgos desde el horizonte campaniforme de transición hasta la mitad del II milenio, lo cual a juicio B. Martí y J. Benabeu, aconseja no utilizar esta subdivisión (Martí, Bernabeu, 1992; en este caso, ellos emplea-

ban los términos bronce antiguo/bronce medio). Hacia el 1500 aC y hasta el tránsito del II milenio al I milenio, habría que situar el siguiente bloque, lo que actualmente se denomina bronce tardío (De Pedro, 2004, 43). Aunque el establecimiento del inicio de esta fase, como su final, ha sido objeto de intenso debate debido a la complejidad de procesos que se observan en este momento, cada vez este marco tiene una mayor aceptación. El peldaño final dentro de este proceso se corresponde con lo que se ha denominado bronce final, que se originaría en el área valenciana con el cambio de milenio (De Pedro, 1998, 273).

La denominación bronce tardío, fue empleada por primera vez por F. Molina-González para referirse a los contextos posteriores a la cultura del Argar y anteriores al bronce final en los yacimientos del Sureste, como Cerro de la Encina, la Cuesta del Negro o Cabezo Redondo, con un fuerte componente de materiales decorados con un estilo Cogotas I (Molina, 1978). Según este autor, este proceso cronológicamente se materializaría de forma plena en torno al 1400 aC (Molina, 1978, 199), aunque poco tiempo después, algunos investigadores (Arteaga, Serna, 1979-1980) adelantarían esta fecha en la zona del bajo Segura al 1300-1200 aC (Barrachina, 2004, 533). No obstante, fue Milagros Gil-Mascarell quien realmente aplicó el término bronce tardío al territorio valenciano como un horizonte cultural diferenciado (Gil-Mascarell, 1981). El planteamiento de esta investigadora era que esta fase se tendría que aplicar a aquellos yacimientos del bronce valenciano en cuyo registro se apreciaran influencias meseteñas de Cogotas I y el desarrollo de ciertos tipos cerámicos específicos, especialmente formas con carena alta, cuerpo cóncavo y borde más o menos recto o abierto (Martí, De Pedro, 1997, 60; Abarquero, 2005, 310). Por ello, tal y como señala esta autora, *"...a partir en líneas generales del año 1200 a. de C., algunos poblados pertenecientes a la cultura del Bronce Pleno comienzan a recibir elementos foráneos indicativos de ciertos contactos y relaciones con otras culturas extrarregionales: los tipos cerámicos que en ellos aparecen evidencian que estos contactos se realizan por un lado con las poblaciones meseteñas y por otro con las regiones del sureste..."*, y continúa explicando cómo *"...la existencia de estos materiales en yacimientos del Bronce Pleno sean debidos más a ocasionales y esporádicos contactos entre las distintas poblaciones que a relaciones continuadas y permanentes, por lo que su incidencia en el sustrato indígena debió ser prácticamente nulo."* (Gil-Mascarell, 1981, 31). Los yacimientos que esta investigadora tomó como arquetipos que ejemplificaban esta situación fueron la Illeta dels Baynets en Campello, el Tossal del Castellet en Castelló de la Plana, Cabezo Redondo en Villena y San Antón de Orihuela, dentro de un marco cronológico que va del 1200 al 1000 aC (De Pedro, 1998, 13; Martí, De Pedro, 1997, 60; Barrachina, 2004, 497).

Sin embargo, tras la formulación pionera de Gil-Mascarell, las publicaciones llevadas a cabo en los últimos veinte años del siglo pasado comenzaron progresivamente a apuntar cómo esta explicación distaba de ser satisfactoria en todos los casos. Las voces más críticas señalaban las dificultades que planteaba trasladar de manera absoluta el esquema de evolución cultural del bronce tardío/ bronce final a todo el territorio valenciano (Fernández-Castro, 1988, 175; González-Prats, 1992, 138-141). En cierto modo, gran parte de la problemática residía en la dificultad para trazar un marco evolutivo general del bronce pleno al bronce final que fuese coherente para todos los yacimientos comprendidos en este extenso lapso de tiempo. Poco a poco, se fue observando cómo, en palabras de B. Martí y M^a Jesús De Pedro, *"...el segmento temporal comprendido entre dos periodos se convertía en tierra de nadie donde, mientras los unos sitúan las perduraciones o decadencias, los otros hablan de siglos brumosos de los que paulatinamente irán surgiendo las nuevas culturas."* (Martí, De Pedro, 1997, 61).

Con más o menos rapidez, se fue subrayando que mientras la secuencia evolutiva estaba clara en la zona del Sureste (valle del Vinalopó y bajo Segura; véase a este respecto Jover, Segura, 1993; Jover, López, López, 1995; Jover 1999), por el contrario al norte del alto Vinalopó, el desarrollo cultural dentro de este mismo espacio temporal no podía ser analizado desde los mismos parámetros (Hernández, 1986, 348; Martí, De Pedro, 1997, 67). El factor que imposibilitaba un análisis en los mismos términos era precisamente la dificultad para aislar en los yacimientos el elemento que a un nivel material definía el bronce tardío, es decir, la existencia de cerámicas con influencias de Cogotas I (De Pedro, 1998, 273). A la hora de explicar esta anomalía, algunos autores plantean la necesidad de regionalizar el enfoque de análisis, diferenciando la zona meridional de la septentrional (González-Prats, 1992). En cualquier caso, desde mediados de los 90, se comenzó expresar cómo

en el territorio que se extiende desde el norte del Vinalopó hasta el área castellanense, era necesario redefinir la concepción que se tenía del bronce tardío (Mata, Martí, Iborra, 1996; Martí, De Pedro, 1997; Delibes, Abarquero, 1997). Para algunos autores, se hacía necesario comprobar en esta zona la presencia de elementos de Cogotas I o bien confirmar su ausencia (Martí, De Pedro, 1997, 67).

Eva Ripollés, con su estudio sobre el yacimiento de Les Raboses (Albalat dels Tarongers), fue la primera en plantear la existencia de un bronce tardío carente de influencias de Cogotas I en el área valenciana entre el 1300-1000 aC (Ripollés, 1994; Martí, De Pedro, 1997, 74). Para esta investigadora habría *"...una fase reciente, tardía o final, como se la quiera denominar, del Bronce Valenciano, no vinculada a la presencia de cerámica del ámbito de Cogotas I, y con entidad y personalidad propia, fruto del rico sustrato precedente, que no supondrá en ningún modo ruptura con la dinámica anterior. La ruptura vendrá con el Bronce Final, cuando las nuevas influencias sobre todo de los C.U., darán lugar a una serie de cambios."* (Ripollés, 1994, 33). Tras este trabajo novedoso, parte de la bibliografía se concentró precisamente en definir este bronce tardío carente de influencias meseteñas, así como de situar con mayor precisión su momento de inicio.

Desde este punto de vista, los materiales aparecidos en Les Raboses se han intentado paralelizar con las fases más recientes de Muntanya Assolada (Alzira) y todo un conjunto de yacimientos documentados en el Camp del Turia, como el Tossal de Sant Miquel de Lliria, Casa de Camp y Alretret, Ermita de Montiel y Llometa del Tío Figueres (*vid.* Martí, De Pedro, 1997, 74 ss.), así como con otros asentamientos emplazados en el área castellanense, como el Torrelló d'Onda, Les Planetes en Benassal y Ereta de Castellar (De Pedro, 2002, 252). En esta labor de síntesis ha tenido especial relevancia la publicación completa de los materiales de esta época pertenecientes al Puntal dels Llops (De Pedro, 2002). La suma de estos datos confirmaba la hipótesis inicial de Eva Ripollés (Ripollés, 1994), de tal manera, que se ratificaba la existencia de una fase del bronce tardío sin elementos Cogotas I en yacimientos valencianos, (De Pedro, 2002, 251). Las características que definían a un nivel cerámico a este bronce tardío era la presencia de *"...vasos carenados de tendencia plana y perfil acampanado, o los recipientes de almacenaje profusamente decorados con cordones simples o múltiples; además de otras formas cerámicas, como los vasos geminados, ollas ovoides o fondos planos, y de un variado repertorio de decoraciones incisas e impresas."* (De Pedro, 2002, 251). Otro aspecto interesante que se planteó en este trabajo fue el retrotraer en casi doscientos años el comienzo de este horizonte cultural, de tal manera que el inicio de esta fase habría que emplazarla a partir de mediados del II milenio, en base a las fechas que estaban proporcionando un conjunto de yacimientos como Pic dels Corbs, Cabezo Redondo, Orpesa la Vella, Torrelló y Can Ballester, además del mencionado Puntal del Llops (De Pedro, 2002, 252).

En esta última década, la publicación de obras colectivas, como las Jornadas sobre *"La Edad del Bronce en tierras Valencianas y en sus zonas limítrofes"* celebradas en Villena en el año 2002, ha supuesto el afianzamiento de las teorías desarrolladas en el periodo anterior. La presencia de un bronce tardío sin elementos Cogotas I fuera del ámbito sureño del territorio valenciano, para fechas enmarcadas entre el 1500-1000 aC, parece estar cada vez más asumido (De Pedro, 2004, 43-52). Sin embargo, una lectura de los distintos contextos publicados apuntan a que no en todas las zonas existe la misma casuística. Ello no únicamente se ha de poner en relación con las propias características que presentan estos yacimientos, sino también con el estadio en el cual se encuentra su estudio. La imagen que tenemos de muchos de los asentamientos mencionados por las publicaciones procede, no en pocos casos, de excavaciones parciales, que nos ofrecen una idea sesgada de su secuencia, a menudo carentes de dataciones absolutas, o bien de prospecciones en las que sólo podemos contar con hallazgos superficiales.

Para las comarcas centrales del territorio valenciano, el final de la ocupación de La Lloma de Betxí (sobre todo con los materiales documentados en la habitación III), y especialmente, los niveles superiores de Muntanya Assolada, marcarían el tránsito del bronce pleno al bronce tardío, momento en el que también habría que situar el asentamiento de nueva planta del Puntal del Llops (De Pedro, 2002, 47). Como hemos visto, existe un buen número de yacimientos que reproducen los rasgos de este proceso en la comarca del Camp del Turia e incluso más al sur de este espacio; no obstante, si quitamos el caso de La Lloma de Betxí, que claramente se asocia al bronce pleno, la única datación radiocarbónica que poseemos pertenece al Puntal dels Llops con un 1688-1503 aC, muestreada en sus rellenos constructivos (De Pedro, 2002), y que enlazaría con la última etapa de ocupación de La

Lloma de Betxí. Ello implica que a la hora de definir las características del bronce tardío en esta zona tenemos bien fechado el comienzo de este horizonte, con una cantidad importante de yacimientos que refrendan este modelo; sin embargo, por la misma razón, la inexistencia de dataciones posteriores nos impiden seguir su desarrollo a lo largo de la segunda mitad del II milenio.

En el territorio del bajo Palancia, incluyendo el área castellanense, la situación es más variada y compleja. Les Raboses, los niveles asociados a la fase II del Pic dels Corbs y el Torrelló d'Onda reproducen el esquema observado en el Camp del Turia, de un bronce tardío autóctono sin influencias meseteñas, dentro de un marco cronológico que se encuadra preferentemente *circa* 1500-1300 aC. Yacimientos como Les Planetes (González-Prats, 1978) y Ereta del Castellar (Ripollés, 1997) se pueden también incluir en esta agrupación, si bien carecemos de fechas radiocarbónicas para estos ejemplos. Por el contrario, si avanzamos en el tiempo se puede documentar un panorama más variado, especialmente a partir del 1300-1200 aC. De un lado, tenemos un conjunto de asentamientos en los cuales sí que parecen penetrar las influencias de Cogotas I, como sería el caso de la fase III del Pic dels Corbs (Barrachina, 2004), Tossal del Castellet y Orpesa la Vella. En este mismo ámbito geográfico habría que citar también el Castell de Morella (Barrachina, 2004, 538), si bien en este caso carecemos de dataciones absolutas. A partir de los materiales publicados de estos yacimientos se puede observar que, tanto a un nivel formal (presencia de cazuelas con carenas altas), como decorativo (aparición de técnicas decorativas como boquique, excisión, etc.), son palpables las influencias meseteñas, aunque en distinto grado. En esta misma línea, Amparo Barrachina ha señalado que ciertos rasgos formales presentes en Ereta de Castellar (Villafranca del Cid) y Cases de Montcada (Alzira) se pueden incluir en este grupo de yacimientos, con la excepción de que en estos casos no se asocian a las típicas ornamentaciones de Cogotas I (Barrachina, 2004, 543).

Frente a estos asentamientos, en el otro polo, habría que mencionar unos yacimientos que, en fechas relativamente altas, carecerían del componente meseteño. Aquí habría que incluir la Cova del Mas de Abad, l'Abric de les Cinc en Almenara, el Torrelló del Boverot (Clausell, 2004) aunque en este caso con restos exigüos, y los últimos datos aportados para el yacimiento de Les Raboses (Ripollés, 2000, 98). Con respecto a estos dos últimos, se ha señalado cómo los datos que se poseen entrarían en contradicción con la información conocida en el Pic dels Corbs, para esta mismas fechas (Barrachina, 2004, 546).

LOS MATERIALES CERÁMICOS DEL YACIMIENTO COSTAMAR

Los materiales del bronce del yacimiento Costamar presentan un conjunto de rasgos técnicos homogéneos, que hacen que sean fáciles de diferenciar con respecto otros tipos de cerámicas a mano aparecidas en el yacimiento. En líneas generales, las pastas suelen tener mejores cocciones que las neolíticas, con unas características uniformes en cuanto a su composición. El desengrasante presenta una granulometría por lo común pequeña, aunque en los grandes contenedores tiende a ser mayor. Igualmente, su modelado acostumbra a ser cuidado en la mayoría de los vasos, aunque puede ser algo más desigual en piezas destinadas al almacenaje y recipientes de mayor tamaño. Gran parte de los vasos cerámicos presenta una pasta de una dureza superior a la de sus precedentes neolíticos, que se fractura con mayor dificultad y es menos vulnerable a los procesos post-deposicionales.

Otro aspecto que destaca en estos materiales es la presencia de bruñidos en una proporción mayor con respecto a fases anteriores. Este tratamiento de las superficies afecta tanto a la parte exterior del vaso cerámico como a la interior. No obstante, el bruñido no es un fenómeno generalizado en todos los fragmentos; de hecho, en las piezas de gran formato suele estar ausente. Por el contrario, los vasos de pequeño tamaño, especialmente los carenados, suelen tener este tratamiento. En ocasiones, también se ha observado la presencia de escobillados y otros tipos de trazas que se pueden asociar al empleo de alguna clase de elemento vegetal para ayudar a moldear el vaso o simplemente como tratamiento exterior de estas superficies. Asimismo, el porcentaje de piezas lisas es muy alto, a diferencia de lo que ocurre en el registro documentado en el neolítico. Así, la única ornamentación que llevan algunos de estos especímenes son impresiones paralelas o digitaciones en el borde, aunque se ha de señalar a este respecto que dentro del cómputo global de fragmentos registrados tampoco es una práctica habitual. Esta carencia de ornamentación ya fue señalada por

Tarradell en los años 60 como uno de los rasgos definitorios del bronce valenciano (Barrachina, 2004, 201).

Los elementos de prensión, tampoco destacan por su frecuencia. En este sentido, lengüetas y asas (que pueden tener distintas secciones) aparecen escasamente en el registro.

De igual manera que ocurría en la fase neolítica, otros de los aspectos más característicos que presentan los materiales del bronce documentados en el yacimiento de Costamar atañe a las propias condiciones de recuperación de estos hallazgos. Los restos de los grupos estratigráficos 33-286, 42-295, 67-320 y 214-467 se han exhumado en los rellenos de colmatación de estructuras negativas tipo silos que cortaban el nivel geológico y se caracterizaban por la presencia de un único depósito de amortización. Por el contrario, tanto el grupo estratigráfico 97-350 y el 108 presentan una situación más compleja debido a su singularidad, como veremos a continuación.

Todas las referencias a los morfotipos generales que se hagan en el texto, más allá de el establecimiento de un paralelo concreto, se van a realizar siguiendo las tipologías desarrolladas por M^a Jesús De Pedro (1998) y Amparo Barrachina (2004) a partir del análisis de materiales de la Lloma de Betxí (Paterna, Valencia) y del Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia), respectivamente.

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 97-350

Las cerámicas que se presentan a lo largo de estas líneas proceden de los depósitos de obliteración de esta estructura negativa. En concreto se han seleccionado del estrato más superficial, unidad estratigráfica 9702, y del relleno del cual procede la datación radiocarbónica (1380-1120 cal BC), unidad estratigráfica 9703, sellada por la anterior. Durante el proceso de clasificación se pudo comprobar que existían fragmentos cerámicos que pegaban entre las diferentes unidades que formaban este grupo estratigráfico (especialmente entre la unidades estratigráficas 9702 y 9703). Por el contrario, los estratos que amortizaban individualmente cada una de las cubetas que aparecieron en el interior de esta estructura apenas dieron materiales.

El grupo estratigráfico 97-350 ha proporcionado uno de los repertorios más singulares de materiales aparecidos en el yacimiento de Costamar. Dentro de este conjunto de formas, existen un grupo de cerámicas que visiblemente se pueden referenciar a materiales aparecidos en yacimientos de este periodo. Sin lugar a dudas, el tipo cerámico más común se corresponde con ollas de borde exvasado de cuerpo de tendencia ovoide, cercano a la forma 3.8c de la tipología de A. Barrachina (2004, 199), cuyo diámetro de boca es ligeramente inferior al diámetro máximo del recipiente (Fig. 1, 4-5). Aunque también se han documentado ejemplares de menor capacidad, con una inclinación de borde menos divergente (Fig. 1, 1), que se pueden asociar a morfotipos ya presentes en fases anteriores (grupo XII de la clasificación de M^a Jesús De Pedro; 1998, 34).

Los ejemplares carenados, presentan dos variantes principalmente. Por un lado, aparecen formas que heredan rasgos del periodo precedente, de pequeño tamaño, en el que el punto de inflexión se sitúa en la parte central, de tal manera que la parte inferior del mismo acaba en un cuerpo hemiesférico y la parte superior tiene un desarrollo más o menos reentrante o recto (Fig 1, 14). Estas formas claramente se puede asimilar al grupo VIII.2 de M^a. Jesús de Pedro y a la forma 4.1d, 4.7-8 de Barrachina (De Pedro, 1998, 32; Barrachina, 2004, 218, 227, 228). La otra variante, de la que únicamente poseemos un ejemplar (Fig 1, 13), en cambio es un morfotipo más característico del bronce tardío. Esta clase de recipientes con carena media, en ocasiones baja, caracterizados por tener un perfil bajo de tendencia abierta, en el que el diámetro máximo coincide con el borde, suelen contar con abundantes paralelos y se asocian a momentos avanzados que rebasan el bronce pleno (*vid.* a este respecto De Pedro, 2002, 250). Junto a estos ejemplos, podemos citar una serie de formas que constituirían parte del repertorio vascular del bronce valenciano pero que también se documentan en yacimientos con dataciones de la segunda mitad del II milenio aC. Entre estas habría que mencionar el vaso profundo con borde digitado de tendencia reentrante (Fig. 1, 2) y cuencos con asas con cuerpo ovoide (Fig. 1, 10, 11).

Sin embargo, la singularidad del grupo estratigráfico 97-350 precisamente reside en que, en los depósitos vinculados a esta estructura, ha aparecido una colección de formas para las cuales no hemos podido encontrar paralelos claros. En este sentido, hay que citar, quizás como más atípico, el recipiente de base plana y perfil divergente que tiene una compartimentación en su interior (Fig. 1, 8).

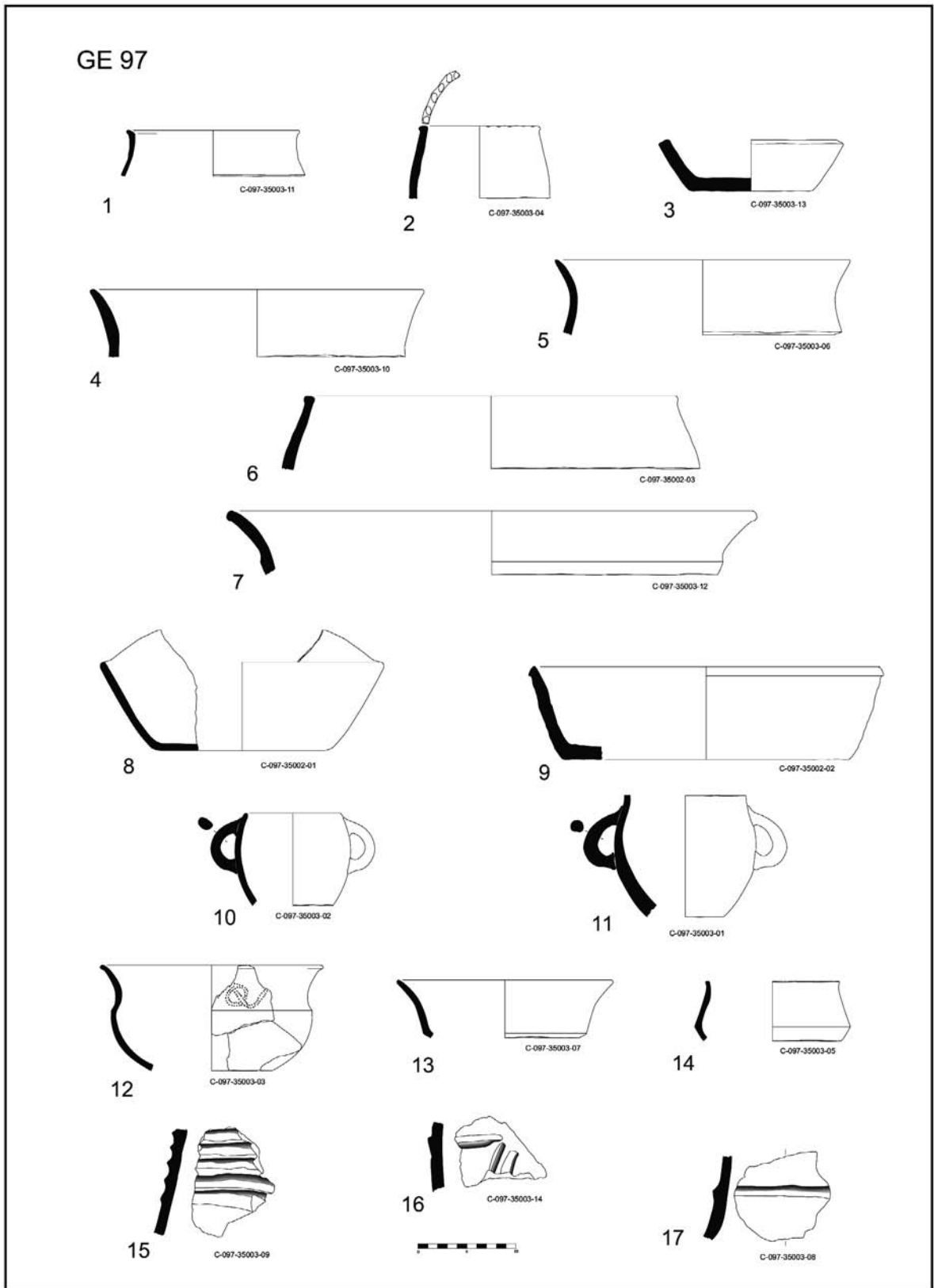


Figura 1.- Materiales cerámicos del bronce documentados en Costamar. Grupo estratigráfico 97-350.

Esta subdivisión, que consiste en una pared recta sobreelevada que segmenta el vaso cerámico en dos mitades, es una solución formal que se aleja de otras configuraciones, como la que se puede observar en los vasos geminados, que en realidad consiste más en la adición en el proceso de modelado de dos volúmenes que en origen estaban separados, que una división interna. Asimismo, podríamos considerar poco común la cazuela de base plana (Fig. 1, 9), con borde diferenciado de sección triangular. Esta pieza, que posee un acabado mucho más tosco que el resto de individuos, recuerda más a los prototipos de tradición neolítica lisa que se han recuperado en el yacimiento de Costamar que a los ejemplos de este momento. La mayor parte de los recipientes que se pueden relacionar con este tipo tienen una base cóncava o una base plana pero no tan marcada (véase el grupo III de de M^a. Jesús de Pedro y más concretamente la forma 1.4a-b de Barrachina (De Pedro, 1998, 30; Barrachina, 2004, 151).

Otro vaso cerámico particular es una fuente de perfil exvasada y gran diámetro de boca que presenta una carena reforzada (Fig. 1, 7). También, carecemos de paralelos claros para el recipiente carenado de cuerpo hemiesférico y borde abierto acampanado, en el que se plasma una decoración puntillada (Fig. 1, 12). De todos los ejemplares recuperados en el grupo estratigráfico 97-350, este es el que tiene una ejecución y acabado de mayor calidad. Y por último, hay que mencionar la presencia de un contenedor de cuerpo ovoidal y borde convergente (Fig. 1, 6), que si bien formalmente recuerda a algunos recipientes recuperados en otros yacimientos (véase el grupo XIII.1b y XIII.1c de M^a. Jesús De Pedro y la forma 2.5 de Barrachina (De Pedro, 1998, 35; Barrachina, 2004, 163) no deja de ser poco usual en el registro de materiales exhumados en Costamar.

Las decoraciones de este conjunto son escasas, prácticamente se reducen a unos fragmentos con decoración plástica y decoración impresa puntillada con relleno de pasta blanca. La primera (Fig. 7, 11-13) consiste en cordones aplicados, en la mayoría de los casos con una sección apuntada, que aparecen formando un trazado horizontal mediante líneas agrupadas o en solitario, aunque también existen fragmentos que parecen registrar otros desarrollos más complejos. Esta decoración, en esta estructura, sólo se asocia a recipientes de gran tamaño. Por otro lado, la decoración puntillada con relleno de pasta blanca se documenta en el vaso carenado de perfil acampanado (Fig. 1, 12). El motivo, que aparece en la parte superior del recipiente, consiste en una línea ondulada a la que se le encadena un círculo (Fig. 7, 9).

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 108

Tal y como ya se ha comentado, el grupo estratigráfico 108 ha sido el que mayor número de materiales ha aportado. Todos estos materiales proceden de una estructura habitacional, excavada en el terreno, que presenta cuatro niveles superpuestos de ocupación y un último relleno masivo de abandono que termina por obliterar completamente la estructura excavada. La selección de cerámicas que se presenta a continuación es una muestra representativa de cada una de las fases en las que se puede dividir la evolución de esta estructura, que se corresponden con las unidades estratigráficas que vamos a describir a continuación.

Fase I.- De esta fase se han escogido los restos de las unidades estratigráficas 10848 y 10849, unidades equivalentes, que se corresponden con el nivel del suelo de ocupación de este momento. La Fase I se corresponde con la etapa más antigua de uso de la cabaña.

Fase II.- En este caso, las cerámicas proceden de las unidades estratigráficas 10843 = 10844, que son los rellenos constructivos asociados a este momento.

Fase III.- Las unidades estratigráficas que se han tomado como referencia en esta fase son la 10831 y 10832, que en realidad son la misma unidad de suelo de ocupación.

Fase IV.- De la última fase de ocupación, como el anterior caso, la cerámica se ha seleccionado del nivel de pavimento (unidad estratigráfica 10810=10811), aunque en esta ocasión también se ha escogido cerámica del primer depósito (unidad estratigráfica 10805) que comenzó a amortizar este espacio, lo cual en cierto modo se ha de considerar una especie de "interfase".

Fase Post.- El último momento se corresponde con un potente relleno, unidad estratigráfica 10802, que definitivamente rellenó el fondo de cabaña y que marca la inutilización de esta estructura.

Durante el análisis preliminar de los restos se pudo comprobar que hay materiales que pegan entre las fases II y III (en concreto la pieza C-000-10844-06 y el fragmento de borde C-000-10832-04), lo cual puede ser producto de una afección a los niveles del segundo momento de ocupación durante la adecuación del espacio durante la fase III. En este sentido es importante aclarar cómo en ocasiones los niveles que amortizan una ocupación, en la siguiente fase, son empleados como superficies constructivas.

FASE I

El repertorio cerámico de la fase I agrupa un conjunto de formas entre las que destaca abrumadoramente la presencia de ollas de cuerpo globular (Fig. 2, 1-4), con el borde más menos destacado, que pueden tener asas, lengüetas (en el menor de los casos) o bien carecer de cualquier elemento de prensión (grupo XII, XIII.1a y XIII.3, De Pedro, 1998, 34-35). Junto a los morfotipos de mayor tamaño, también se ha documentado algún ejemplar de menor formato (Fig. 2, 9), pero que en esencia reproduce los mismos parámetros formales. Así mismo, aparecen vasos carenados, con carena en la parte media y baja, cuerpo inferior hemiesférico y superior reentrante (Fig. 2, 6, 8), que como hemos visto cuenta con abundantes paralelos desde la primera mitad del II milenio.

Igualmente, de todos los momentos de ocupación que aparecen en el grupo estratigráfico 108, la fase I es la única que cuenta con presencia de vasos geminados –grupo XVI de M^a. Jesús De Pedro y a la forma 6 de Barrachina (De Pedro, 1998, 37; Barrachina, 2004, 242-244)–. El ejemplar C-000-10849-02 (Fig. 2, 10) únicamente conserva el arranque del asa sobreelevada que se sitúa en el punto de unión del recipiente. El otro ejemplar que ha aparecido en esta fase es parte de la zona de unión, por el cuerpo, entre ambos vasos (Fig. 2, 11).

Por lo demás, hay que destacar al mismo tiempo la presencia de un par de piezas más singulares dentro de los materiales aparecidos en esta fase. La primera es un vaso cerámico (Fig. 2, 5), del cual únicamente poseemos un borde de tendencia ligeramente exvasada, en cuyo exterior se observa una decoración incisa rellena de pasta blanca. Este individuo es semejante, como veremos, a un tipo recuperado en la fase post-deposicional. El segundo ejemplar (Fig. 2, 7) es una fuente abierta con una base probablemente cóncava, que cuenta como elemento de prensión una lengüeta. En la fase I del Torrelló d'Onda se ha documentado un recipiente con unas características iguales (Barrachina, 2004, 529, fig. 237).

En este momento, las únicas decoraciones que se documentan están realizadas mediante cordones aplicados e impresiones que pueden estar rellenas con pasta blanca. Las decoraciones plásticas (Fig. 6, 3-4) están realizadas con cordones lineales verticales de poco grosor, que en uno de los casos recuperados posee decoración impresa (Fig. 6, 4). Las impresiones puntilladas que poseemos muestran dos tipos de motivos. El primero (Fig. 6, 2) es una línea horizontal acompañada de una guirnalda. Mucho más interesante es el segundo diseño decorativo formado por una línea horizontal, situada en la parte superior del borde, de la cual nace una línea vertical (Fig. 6, 1). Es muy posible, por tanto que este puntillado relleno de pasta blanca mostrase un dibujo formado por una banda horizontal de la cual partirían líneas verticales hacia la base del recipiente.

FASE II

La fase II es el nivel de ocupación que menos materiales ha proporcionado, probablemente por su alto grado de arrasamiento. A pesar de ello, hay una serie de aspectos interesantes.

La pervivencia de ollas de cuerpo globular está perfectamente atestiguada (Fig. 2, 19); sin embargo, hacen su aparición en este momento de ocupación algunos ejemplares con asas de sección cuadrangular de menor tamaño y borde mucho más abierto (Fig. 2, 17). Con todo, hemos de advertir que este recipiente presenta unos rasgos formales que no se han documentado en el resto de niveles asociados a la cabaña.

Dentro de los vasos carenados tenemos dos ejemplos, uno de ellos que se puede asimilar a lo que sería un vasito (Fig. 2, 15) y otro de mayor tamaño cuyas características más sobresalientes son la posesión de asas, de las cuales apenas quedan indicios, su amplio diámetro y su profusa decoración (Fig. 2, 16).

Los únicos fragmentos decorados que se han registrado en este momento pertenecen a partes de cuerpo con decoración incisa pertenecientes al ejemplar descrito con anterioridad (Fig. 6, 5-6). El vaso carenado desarrolla un diseño formado por una banda paralela, situada en la carena, a base de dos líneas paralelas que separarían, en su parte superior e inferior respectivamente, dos líneas en zigzag horizontal realizadas con trazos múltiples. En la parte interna de los zigzags inferiores se observa cómo hay líneas horizontales acompañadas de trazos más cortos. Salvando las distancias, en La Loma de Betxí (Habitación III, nivel II, De Pedro, 1998, 162, fig. 103. 71) se observa un diseño decorativo que recuerda al aparecido en Costamar.

FASE III

De igual manera que la fase anterior, este nivel no ha proporcionado muchos materiales. Recordemos que en uno de los estratos pertenecientes a este momento, en concreto la unidad estratigráfica 10832, se obtuvo una datación radiocarbónica de 1208-930 cal BC.

En la fase III las ollas globulares siguen siendo la forma más recurrente, aunque no conservamos ningún perfil lo suficientemente completo, a excepción de un ejemplar de menor capacidad (Fig. 3, 1), con lengüetas en el borde. De hecho el tipo de olla del cual poseemos un fragmento más considerable se corresponde con un recipiente de borde más abierto, con un diámetro cercano al diámetro máximo de cuerpo, un perfil más ovoidal (Fig. 3, 6) –Grupo XIII.3 (De Pedro, 1998, 35). Además de este tipo de recipientes se han documentado vasos profundos de cuerpo cilíndrico, con lengüetas en el borde (Fig. 3, 2; aunque tampoco se descarta que sea un recipiente semejante a fig. 3, 1) y un vaso carenado, también con lengüetas, aunque en este caso en la línea de la carena, con un perfil superior reentrante pero con borde exvasado (Fig. 3, 5). Este vaso, tipológicamente se encuadra en la Forma 4.13 de la clasificación de A. Barrachina (2004, 231). Realmente, la forma más novedosa, con respecto a los niveles de ocupación precedentes, es un bol de cuerpo esférico y tendencia ligeramente abierta (Fig. 3, 3) –grupo V.1 de M^a. Jesús De Pedro y a la Forma 1.6 de Barrachina (De Pedro, 1998, 32; Barrachina, 2004, 153-154)–.

Los fragmentos decorados son escasos. Un grupo de piezas (Fig. 6, 8-10), combinan decoración incisa e impresa plasmada mediante una línea vertical cercana al borde flanqueada por dos líneas de puntos, que acabaría probablemente en su parte superior en una línea horizontal realizada con pequeñas incisiones. Es muy posible que esta decoración sea muy semejante a la que se observa en uno de los vasos carenados aparecidos en la unidad estratigráfica 10810, dentro de la fase IV (Fig. 3, 12). Además de estos fragmentos se ha recuperado uno en el que se puede ver el comienzo de un motivo realizado con una línea curva mediante un puntillado relleno de pasta blanca.

FASE IV

En los niveles correspondientes a la fase IV, se ha podido registrar un conjunto de materiales interesante en el que sobresalen las decoraciones. Las ollas de cuerpo globular siguen siendo la tónica dominante (Fig. 3, 11, 14). A su vez sobresale una abundante presencia de vasos carenados de cuerpo inferior hemiesférico y perfil superior reentrante de distinto tamaño (Fig. 3, 12, 13, 15; probablemente los fragmentos fig. 3, 16, 17 y 21 también se pueden incluir en esta categoría).

En todos estos ejemplares el diámetro máximo de borde y de cuerpo suelen coincidir o ser inferior, exceptuando la pieza C-000-10811-12 (Fig. 3, 13), cuyo perfil se acerca más a la forma 4. 11 de Barrachina (2004, 230). En líneas generales este tipo de perfiles, que dibujan un vaso de forma globular con carena media alta se asocian fundamentalmente a contextos antiguos (De Pedro, 1998, 214).

Además de estas dos clases de recipientes, que son los que cuantitativamente destacan en el yacimiento, hay que mencionar la presencia un vaso con borde reentrante, que posee mamelones a la altura del labio, asas y un cuerpo posiblemente globular (Fig. 3, 10).

El último morfotipo que hemos podido aislar es un borde de plato-tapadera (Fig. 3, 19). Esta pieza se ha orientado de esta manera debido a que su gran grado de inclinación impediría observar la decoración si esta no se situase en su parte superior (caso de que fuera un plato con el borde muy exvasado).

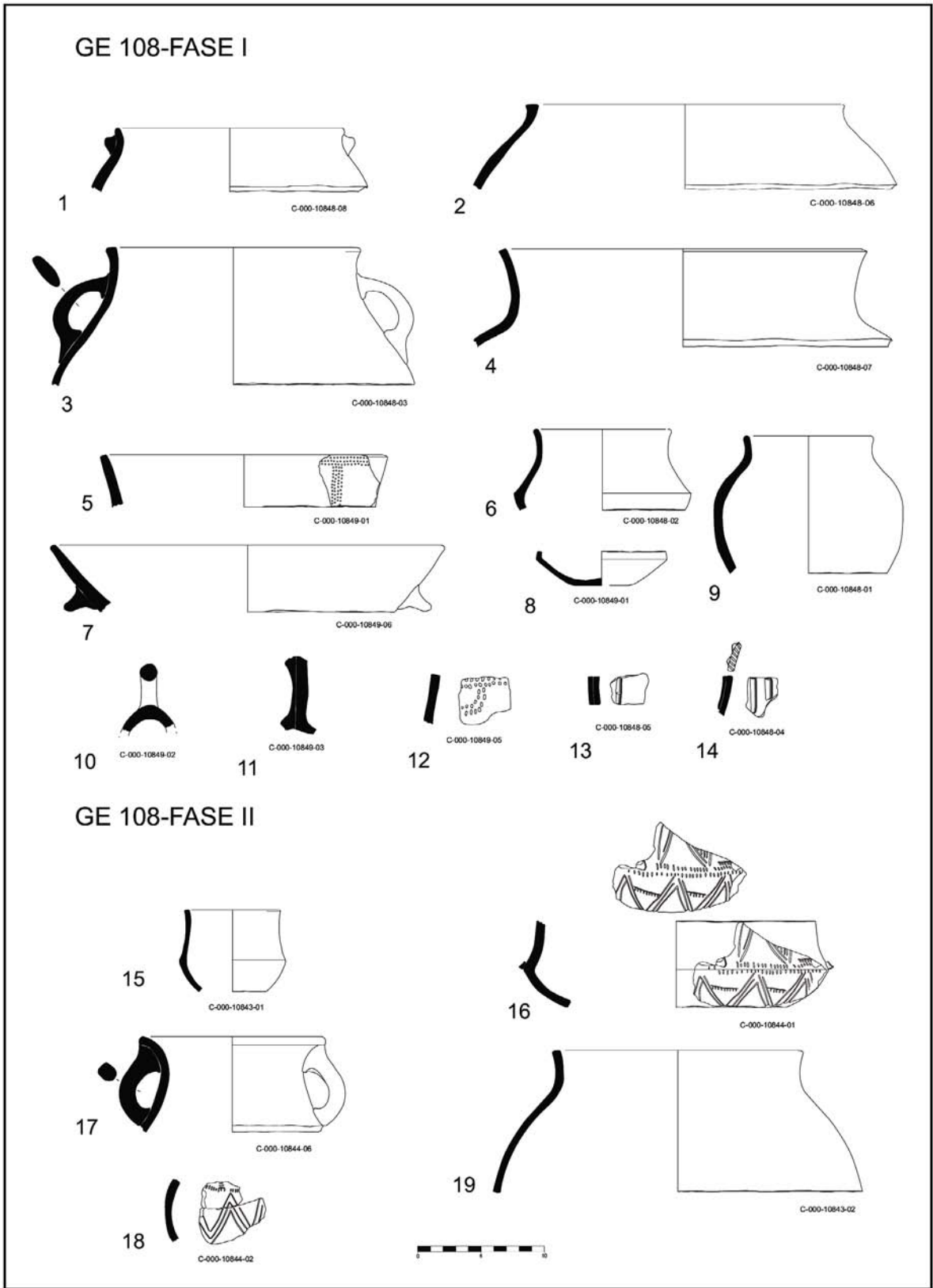


Figura 2.- Materiales cerámicos del grupo estratigráfico 108. Fases I y II.

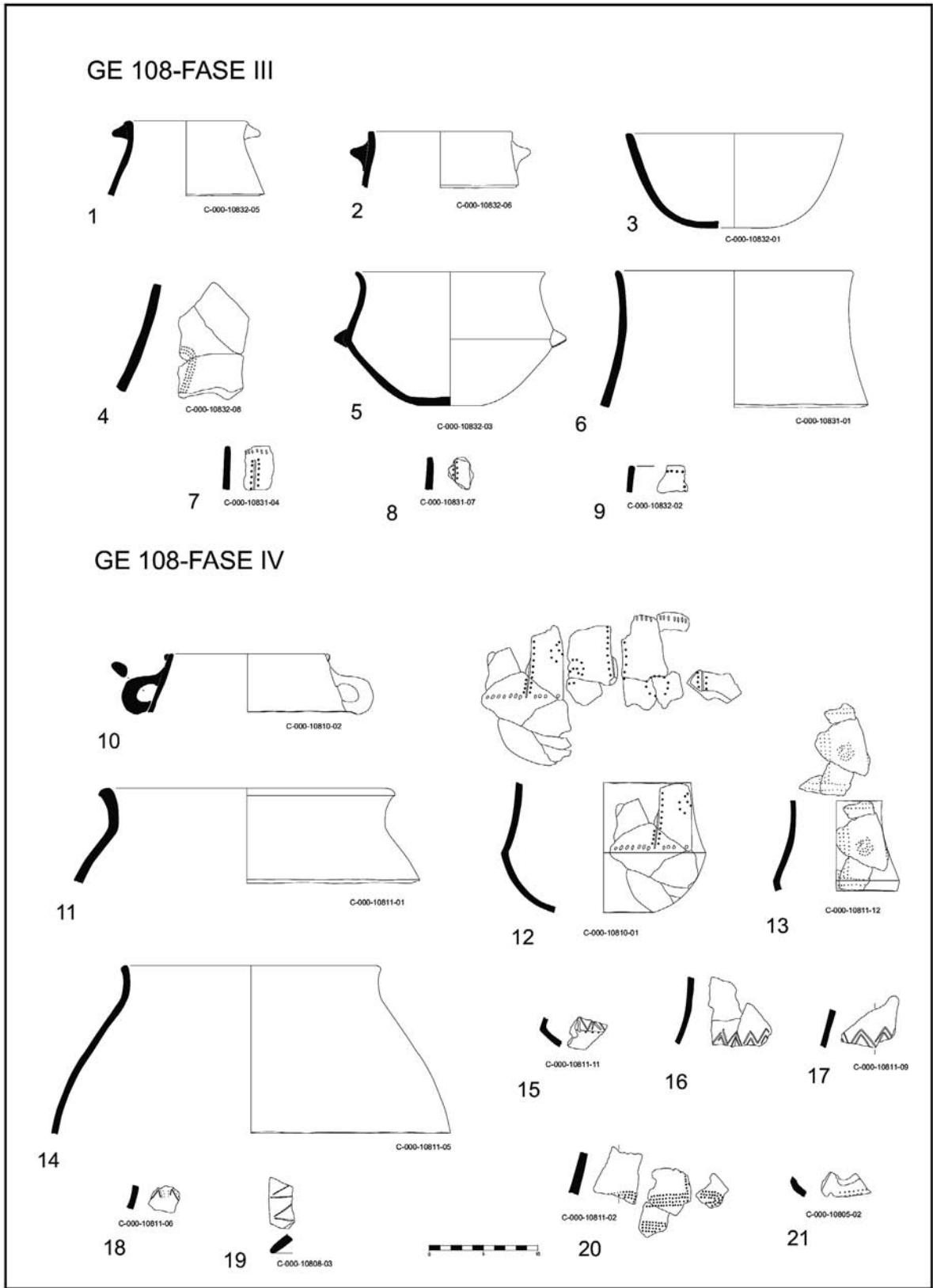


Figura 3.- Materiales cerámicos del grupo estratigráfico 108. Fases III y IV.

GE 108-FASE POST

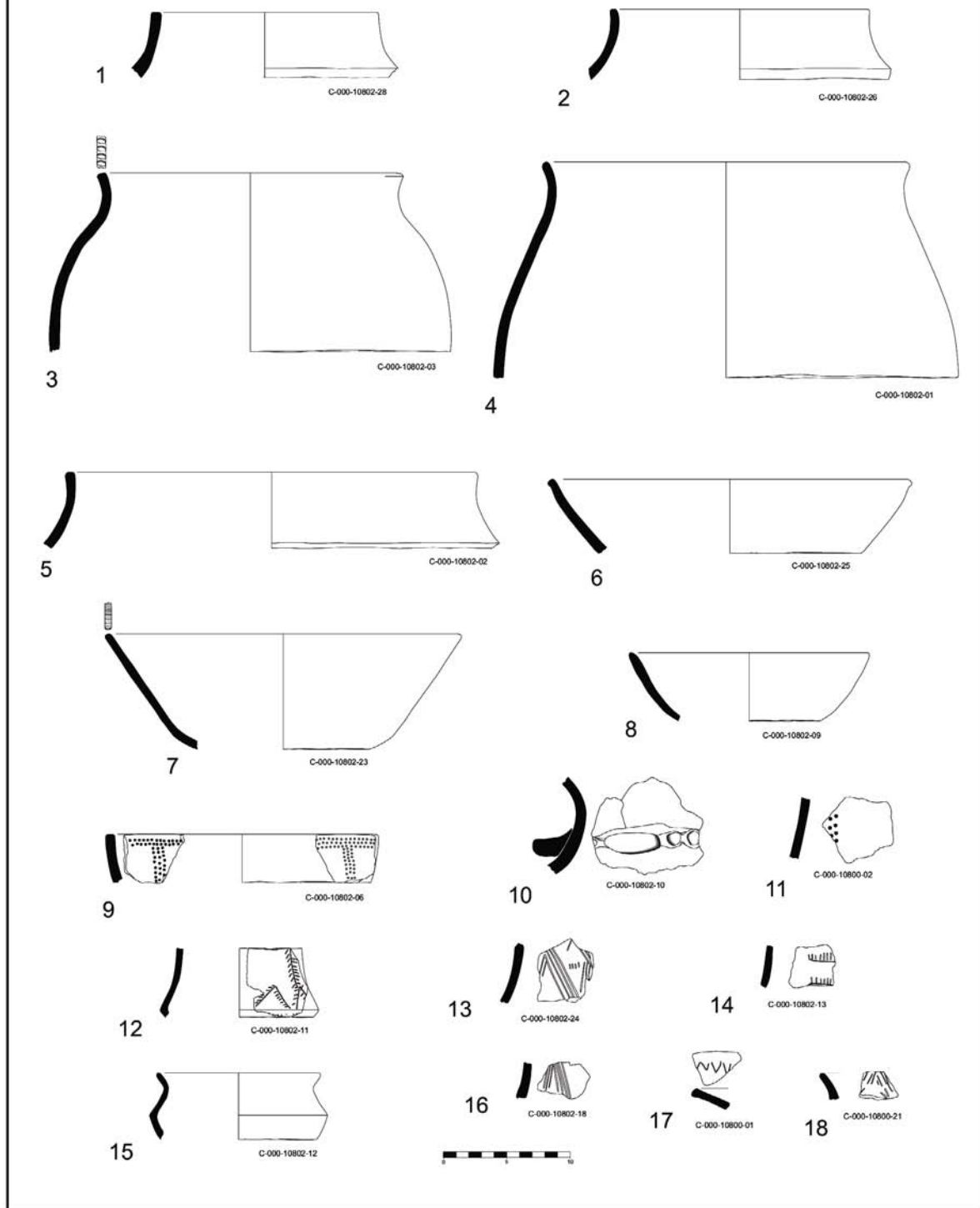


Figura 4.- Materiales cerámicos del grupo estratigráfico 108. Fase post-deposicional.

Las técnicas decorativas predominantes en este momento son la impresión y la incisión, a excepción hecha del recipiente C-000-10810-02 (Fig. 3, 10). Un grupo importante de fragmentos, en todos los casos pertenecientes a vasos carenados, presentan decoraciones incisas con motivos en zigzag realizados por la combinación de varios trazos (Fig. 6, 12-13) o mediante el empleo de líneas simples acompañadas de impresiones puntilladas (Fig. 6, 14-15).

Dentro de esta misma categoría de recipientes también se han registrado las composiciones más complejas. Ambos ejemplos, aun cuando emplean motivos decorativos concretos, reproducen un diseño muy semejante en el que se crean una serie de metopas en las cuales se insertan distintos elementos. En el primer caso (Fig. 6, 18), las decoraciones se han realizado exclusivamente con técnica impresa puntillada. El esquema decorativo en este vaso cerámico consiste en la creación de una serie de metopas, mediante la unión de dos bandas puntilladas horizontales, una situada en el borde y otra en la inflexión de la carena, que estarían conectadas por bandas verticales. En los espacios generados por este entramado se irían emplazando los distintos motivos. Sólo se ha conservado un motivo insertado en la metopa en el fragmento recuperado, consistente en un círculo relleno. En la covacha de l'Assud d'Almassora se ha documentado un vaso carenado que reproduce el mismo esquema decorativo (Barrachina, 2004, 544, fig. 245, 3).

El segundo caso (Fig. 6, 19), en esencia es la misma composición, aunque en este caso las bandas que forman las metopas están compuestas en su trazo horizontal por una línea simple dibujada por incisiones, y en su trazo vertical por una línea incisa flanqueada por líneas impresas puntilladas. El único motivo que se puede observar con claridad es un círculo simple, aunque los fragmentos recuperados apuntan a que éste sería el diseño empleado preferentemente en las metopas. Tal y como dijimos en el anterior punto, algunos de los fragmentos decorados que se registraron en la fase III (Fig. 6, 8-10), es más que probable que pertenezcan a piezas de este tipo.

Dentro del repertorio de decoraciones exclusivamente impresas tenemos varios fragmentos, pertenecientes a la misma pieza (Fig. 6, 11), ornamentados con bandas formadas con líneas múltiples de puntillados, aunque es difícil observar el diseño original, debido al gran grado de fragmentación que tiene estas piezas. Finalmente, hay que mencionar un ejemplo de ornamentación incisa (Fig. 6, 16), realizado con un instrumento de punta aguzada, que combina ángulos no encadenados.

FASE POST-DEPOSICIONAL

El momento final de la cabaña, como vimos, está representado por la aportación de un depósito de amortización de gran potencia en el que se ha recogido un volumen importante de materiales. Una vez más, en este estrato la forma que destaca cuantitativamente es la olla de cuerpo globular (Fig. 4, 1-5). Así mismo, por primera vez, se empieza a registrar un volumen importante de formas abiertas, que por su tamaño y profundidad se pueden clasificar como fuentes en unos casos (Fig. 4, 6, 7) –Grupo III de M^a. Jesús De Pedro y la forma 1.6 de Barrachina (De Pedro, 1998, 30; Barrachina, 2004, 153-154)– y escudillas en otros (Fig. 4, 8) –grupo II de M^a. Jesús De Pedro y forma 5 de Barrachina (De Pedro, 1998, 30; Barrachina, 2004, 152)–. Tanto las ollas como este conjunto de piezas abiertas carecen de decoración, si exceptuamos la presencia ocasional de líneas impresas en el borde.

Los vasos carenados no alcanzan un grado de representación tan grande como en fases anteriores; sin embargo, frente a las variantes que han aparecido en otros momentos, de cuerpo esférico y desarrollo reentrante a partir de la carena (Fig. 4, 11-13, 16), también aparecen ejemplares con dos puntos de inflexión (Fig. 4, 15).

Finalmente, hay que citar la presencia de una serie de formas que aparecen con menos asiduidad. Por una lado, un plato de gran apertura, del cual únicamente poseemos un pequeño fragmento de borde (Fig. 4, 17), y un cuenco o bol probablemente de cuerpo esférico con decoración impresa, tanto al interior como al exterior (Fig. 4, 9), similar al ejemplar documentado en la fase I (Fig. 2, 5).

Una vez más, en el capítulo de las decoraciones, los vasos carenados son los recipientes más ornamentados (Fig. 7, 2, 5, 6 y probablemente también 3 y 4). La colección de decoraciones que muestran estos vasos incluye zigzags horizontales mediante agrupaciones de líneas incisas (Fig. 7, 5-6), combinaciones de motivos lineales con trazos horizontales y verticales combinados (Fig. 7, 4) e impresiones puntilladas (Fig. 7, 3). Quizás el ejemplo más bellamente decorado se corresponde

con un vaso carenado con motivos ramiformes (Fig. 7, 2). Este ejemplar cuenta con un paralelo muy claro en la fase II del Pic dels Corbs (Sagunto), perteneciente a los fondos antiguos (*vid.* decoración 3.17 de A. Barrachina; Barrachina 2004, 288, fig. 288).

Otras decoraciones incisas aparecidas en esta fase representan zigzags con líneas simples (Fig. 7, 7), a veces no encadenados, y otras representaciones que también recuerdan a zigzags horizontales, pero no con una ejecución tan cuidada (Fig. 7, 8). Así mismo, en este contexto tenemos un cordón digitado asociado a una lengüeta (Fig. 7, 3).

Finalmente, hay que mencionar la decoración impresa que ostenta el recipiente C-000-10802-06 (Fig. 7, 1), que como hemos apuntado se asemeja al aparecido en la fase más antigua de la cabaña (Fig. 6, 1). No obstante, en este caso el motivo decorativo se sitúa tanto al exterior como al interior, y está formado por una banda horizontal situada en el borde de la cual sale otra vertical, realizadas con impresiones puntilladas. El relleno de las impresiones con pasta blanca sólo se documenta en la parte exterior.

GRUPOS ESTRATIGRÁFICOS 33-286 Y 67-320

Las cerámicas recuperadas en los grupos estratigráficos 33-286 y 67-320, aparecieron en los rellenos de colmatación de dos estructuras negativas. Como ya hemos dicho en la introducción, no tenemos por el momento dataciones absolutas para estos grupos, por lo que únicamente podemos encuadrar cronológicamente estos materiales a través de los paralelos formales que hemos establecido.

Hay que insistir nuevamente en la escasez de materiales recuperados en estos rellenos, especialmente si los comparamos con el gran volumen de restos documentados en los grupos descritos. Con todo, ciertas características formales presentes en los vasos cerámicos sugieren una datación más avanzada que los repertorios descritos hasta ahora, si bien las características técnicas que presentan estas piezas no difieren en esencia de las detalladas hasta ahora. Quizás el único elemento novedoso sea la aparición de escobillados en algunos fragmentos, así como la constatación de cocciones, por lo general, más cuidadas. Otro aspecto que también se observa a primera vista es la ausencia de decoraciones.

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 33-286

En esta estructura únicamente se han podido recuperar tres recipientes. El primero de ellos es una olla de cuerpo globular de mediano tamaño (Fig. 5, 1); el segundo un vaso carenado con asa sobreelevada (Fig. 5, 2) y, por último, un contenedor de cuerpo ovoidal con borde divergente (Fig. 5, 3). La olla recuperada en este grupo estratigráfico reproduce unos parámetros formales que prácticamente se pueden rastrear durante toda la edad del bronce. No así, el contenedor cuyo formato es el mayor de los documentados en el yacimiento de Costamar.

El vaso carenado presenta como característica la inflexión a mitad de perfil, un diámetro de borde coincidente con el diámetro máximo del recipiente, y sobre todo un asa elevada, que es un rasgo que hasta este momento no se había documentado. Lógicamente, este tipo de asa se puede asociar a la pieza, de similares características, recogida en el grupo estratigráfico 67-320 (Fig. 5, 6), sin embargo, a diferencia de aquella, el asa no acaba en lengüeta. Como veremos a continuación este elemento formal, sin ser exactamente igual al atributo con el cual hemos establecido la comparación, pensamos que también se tiene que encuadrar en el bronce final.

GRUPO ESTRATIGRÁFICO 67-320

Tipológicamente, algunos de los recipientes aparecidos en el grupo estratigráfico 67-320 se asocian sin dudas al bronce final. Acaso la pieza más clara que se ha catalogado en este sentido es un perfil completo de vaso carenado con lengüeta vertical –asa “*ad ascia*”– (Fig. 5, 6). Las asas “*ad ascia*” son poco usuales en la península, y sus hallazgos se concentran principalmente en la zona del Ampurdan. Todos ellos se fechan en el bronce final II (Espejo, 2000-01, 50). En Camp-Redon, en Montpellier, son abundantes las asas con apéndices “*ad ascia*” con una cronología de bronce final II (Barrachina, 2004, 406).

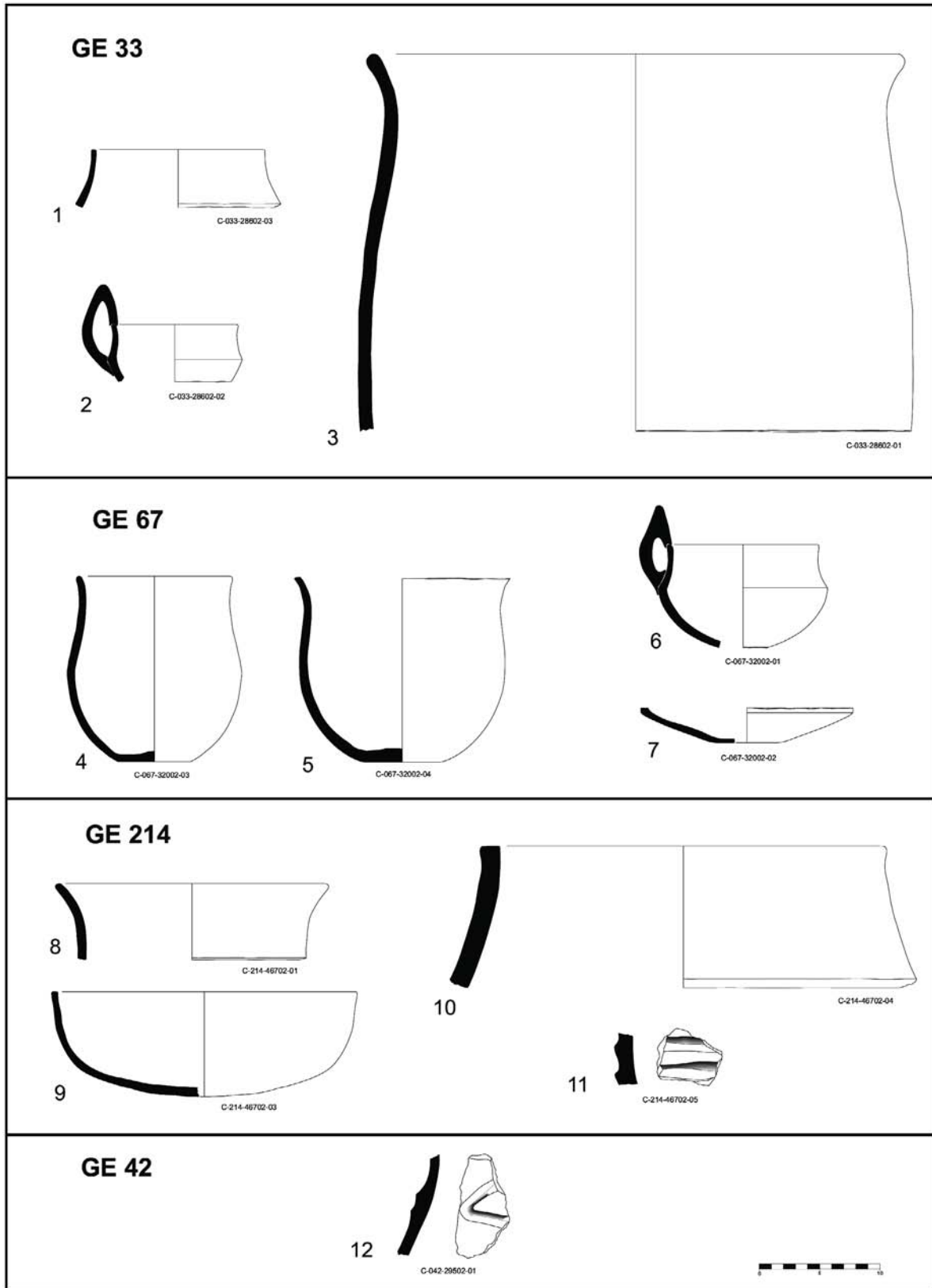


Figura 5.- Materiales cerámicos de los grupos estratigráficos 33-286, 42-295, 67-320 y 214-467.

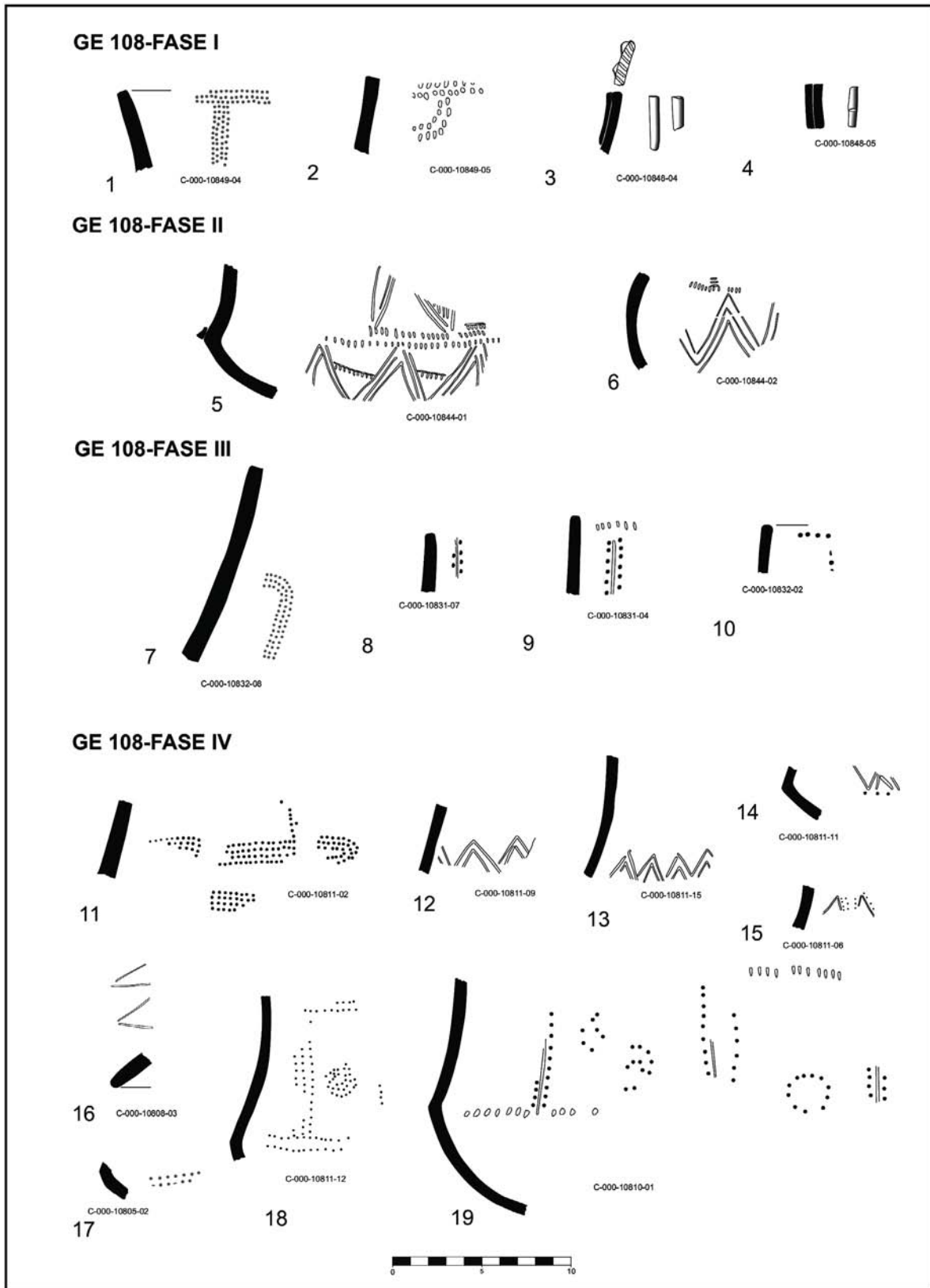


Figura 6: Decoraciones cerámicas de la edad del bronce. Grupos estratigráficos 108. Fases I, II, III y IV.

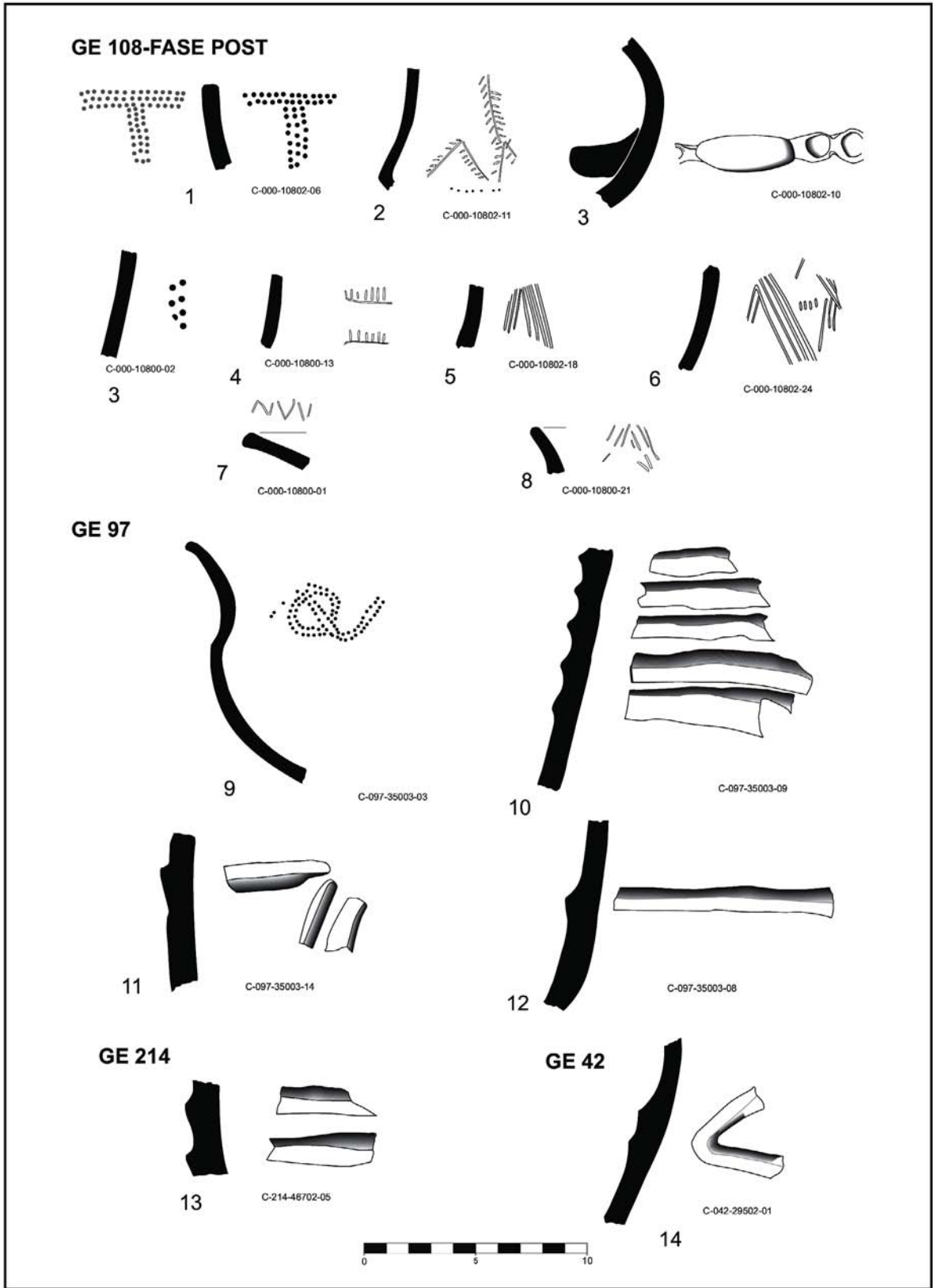


Figura 7.- Decoraciones cerámicas de los grupos 42-295, 97-350, 108 (fase post-deposicional) y 214-467.

Estas fechas “avanzadas” contrastan con las dataciones radiocarbónicas más antiguas que se han ido conociendo en otros yacimientos en los cuales también se han recuperado asas con lengüeta vertical. Un caso muy ilustrativo es el yacimiento de Can Roqueta II (Sabadell, Barcelona) donde hay conjuntos datados en la primera mitad del XVII ANE (López-Cachero, 2005, 28, nota 15). Por el contrario, en el levante, y más en la línea de lo que la bibliografía tradicional ha mantenido, las asas “*ad ascia*” se sitúan en las fases finales del bronce (bronce final), caso del Pic del Corbs (Barrachina, 2004, 406). No se puede descartar que quizás haya que hablar de distintas cronologías según la zona geográfica.

Por tanto, es posible que la datación de las lengüetas verticales esté en relación con sus características formales, el tipo de vaso cerámico en el cual aparece, la zona concreta y la cultura material a la que se asocia. Esta contextualización del atributo como método para afinar la cronología de este tipo de asas, ha sido un sistema que ya se ha advertido como necesario en otro tipo de atributos decorativos que tradicionalmente se consideraban muy característicos de un periodo concreto, como el caso de los vasos de apéndice de botón en el área del Nordeste peninsular (López-Cachero, 2005, 27-28).

Otra de las formas recuperadas en el grupo 67-320, prácticamente completa, es el vaso profundo con perfil en “S” (Fig. 5, 4-5). Se trata de piezas que se relacionan claramente con la forma 3 de la tipología de A. Barrachina (2004, 147 ss.) y que cuenta con ciertas semejanzas del grupo IX de M^a Jesús De Pedro (1998, 33, fig. 9a) aunque sin tener el perfil compuesto como es característico en el tipo definido por esta investigadora. Otro rasgo interesante es que en una de estas piezas (Fig. 5, 4), se han observado rastros de escobillado, producido por un ligero arrastre de una escobilla o de un peine, dejando unos trazos muy finos sobre la superficie. En este caso, su disposición desordenada hace pensar que se trata de un mero tratamiento superficial.

Estas cerámicas se caracterizan por ser vasijas compuestas por dos volúmenes unidos mediante una inflexión suave. La parte superior, boca y cuello, deriva de formas cilíndricas o hiperbólicas, mientras que el cuerpo es esférico u ovoide (Barrachina, 2004, 147). En definitiva es una forma con un perfil sinuoso, con borde diferenciado de inclinación variable, unido a un cuerpo de tendencia globular. Se trata de una definición que agrupa a prototipos de diferente envergadura y con un desarrollo del cuerpo muy diverso (globular, esférico, cilíndrico, etc.), que está ampliamente representada en los yacimientos de la edad del bronce.

Quizás el paralelo más cercano a la pieza que se ha documentado en el grupo estratigráfico 67-320 sea alguna de las cerámicas aparecidas en el yacimiento de Cabezo Redondo (Villena, Alicante), (Soler-García, 1987, 128, fig. 87, 9), aunque el tamaño de la nuestra es un poco menor (*cfr.* Ramón-Burillo, Ramírez, 2004, 380; forma 1).

Otro elemento destacable es la presencia de una base con carena (Fig. 5, 7). Su rasgo más característico es lo bajo que se sitúa precisamente la línea de la carena. La ruptura de la pieza justo por este punto de inflexión nos impide saber qué tipo de vaso carenado concreto sería, aunque sus medidas nos hacen pensar en un recipiente de cuerpo de tendencia abierta.

La evolución del conjunto de vasos carenados hacia perfiles más abiertos es un aspecto que algunos investigadores han empleado para argumentar una evolución interna del sustrato del bronce valenciano. Este proceso se produciría en una fase final paralela a la planteada para el sistema ibérico turolense, bronce tardío, que abarcaría desde el 1500 al 1150 cal BC (Barrachina, 2004, 381).

GRUPOS ESTRATIGRÁFICOS 42-295 Y 214-467-

Las cerámicas recuperadas en estas dos estructura, por el tipo de pasta recuerdan más a las producciones documentadas en los grupos estratigráficos 33-286 y 67-.320; sin embargo, el repertorio de materiales no incluye ningún rasgo lo suficientemente claro que nos permita fechar sin dudas estos recipientes en el bronce final. Dejando de lado el grupo estratigráfico 42-295, del que únicamente tenemos un fragmento de contenedor con decoración plástica (Fig. 5, 12), del grupo estratigráfico 214-467 se ha podido aislar el perfil de tres recipientes (Fig. 5, 8-10). El primero de ellos es un vaso cerámico de borde exvasado (Fig. 5, 8) recuerda a la forma 10.5b.1 de la tipología de A. Barrachina (2004, 265). Los dos prototipos restantes son una fuente (Fig. 5, 9) y un contenedor destinado al almacenaje (Fig. 5, 10). A igual que en el anterior caso también se documenta un fragmento con decoración plástica (Fig. 5, 11).

COSTAMAR DENTRO DEL BRONCE TARDÍO VALENCIANO

La investigación en los últimos años ha producido un importante volumen de publicaciones que han mejorado considerablemente nuestro conocimiento sobre la evolución de la edad de bronce en la segunda mitad del II milenio. Como es lógico, este aumento de datos se ha traducido en la necesidad de adaptar las explicaciones teóricas a la nueva información. Tal y como vimos en uno de los epígrafes anteriores, realmente la raíz del problema reside en la dificultad que hay para explicar el proceso de evolución cultural en las comarcas centrales y septentrionales del territorio valenciano, frente a un ámbito meridional mucho mejor conocido. La publicación desigual de esta documentación, –escasez de dataciones absolutas, abundante presencia de material descontextualizado, excavaciones parciales–, ciertamente no ha contribuido a mejorar la situación.

Esta complejidad ha sido señalada en múltiples trabajos a lo largo de los últimos años, si bien es innegable que, a su vez, han surgido propuestas que han intentado adaptar la documentación que se ha ido incorporando. A pesar de todo, poco a poco se ha ido esbozando una síntesis explicativa de este horizonte cultural, enmarcado grosso modo entre el 1500-1000 aC. El punto de partida se sitúa hacia mediados del II milenio, momento en el cual se registra un conjunto de cambios, más o menos perceptibles según el área, que hoy día se definen bajo la etiqueta de bronce tardío valenciano. Es evidente, ahora que podemos observar con suficiente perspectiva los estudios generados en los últimos treinta años, la importancia clave que ha tenido la incorporación de elementos procedentes de la cultura de Cogotas I a la hora de definir este periodo cronológico en la zona valenciana. No obstante, es en este punto donde empiezan a surgir los primeros obstáculos, algunos de ellos ya advertidos casi desde el momento de la formulación de esta idea. Mientras que el área del Vinalopó y bajo Segura se adapta perfectamente al diseño trazado, no ocurre lo mismo con el resto del territorio. Todo parece indicar que al norte del alto Vinalopó, el registro sugiere que las influencias meseteñas son difíciles de rastrear o que en muchos yacimientos no han sido documentadas.

La existencia de dos escenarios supuestamente disonantes ha obligado a que, desde mediados de los años 90, se busquen explicaciones alternativas. En este sentido, la enunciación de la tesis de la existencia de un bronce tardío valenciano caracterizado por una *facies* cerámica carente de rasgos meseteños, supuso una auténtica renovación en el panorama de la investigación. Yacimientos pertenecientes a las comarcas centrales valencianas, e incluso asentamientos emplazados más al norte de este marco geográfico, reproducen sin apenas diferencias este modelo. Sin embargo, este enfoque tiene dos grandes limitaciones, en parte derivadas del estadio en el que aún se encuentra la investigación. La primera de ellas es que en estas comarcas centrales, mientras se atestigua perfectamente el tránsito del bronce pleno al bronce tardío, siendo el paradigma explicativo de esta transformación las secuencias encadenadas de La Lloma de Betxí y el Puntal del Llops, no se puede dibujar un esbozo claro de la progresión que experimenta este proceso, puesto que no existen yacimientos excavados con una estratigrafía que abarque toda la segunda mitad del II milenio. Recordemos que la fecha más moderna que poseemos pertenece a Les Raboses, uno de los asentamientos arquetípicos que ha servido para articular esta explicación, alcanzando un 1300 aC para los niveles superficiales (Ripollés, 2000). La segunda dificultad estriba en que conforme nos adentramos en el área castellanense van surgiendo todo un grupo de yacimientos, especialmente aquellos que poseen niveles con fechas más adelantadas, que se alejan de este paradigma. Todos los datos indican que hay un conjunto de asentamientos, entre los cuales podemos citar el Pic dels Corbs (fase III), el Tossal de Castellet (en este caso con hallazgos superficiales descontextualizados, *vid.* Oliver, García, Moraño, 2005), y Orpesa la Vella (Barrachina, Gusi, 2004), por mencionar los más representativos, que en torno al 1300-1200 aC empiezan a documentar en su registro cerámico elementos de Cogotas I.

De todos estos casos citados, el único que posee una secuencia completa, desde el bronce antiguo/bronce pleno hasta el bronce final, con un estudio íntegro de la cultura material es el Pic dels Corbs (Barrachina, 2004). Su investigadora ha demostrado que existe un tránsito claro de una fase que se puede asimilar a un bronce tardío valenciano sin elementos exógenos –fase II–, en condiciones similares a las comarcas centrales valencianas, a un segundo momento en el que existe una patente penetración de influencias de la Meseta –fase III– (Barrachina, 2004, 408-438). Sin lugar a dudas, este proceso evolutivo es una referencia clave para explicar el desarrollo cultural entre el

1500-1000 aC en la zona castellanense, y una guía para comprender las secuencias documentadas en otros yacimientos con similares condiciones; aún así, tal y como esta misma investigadora advierte, existen yacimientos que no responden a esta visión (Barrachina, 2004, 546). Estos asentamientos, con dataciones avanzadas, a partir de un 1300 aC o fechas posteriores, siguen manteniendo un registro cerámico en el que no se observan con claridad las aportaciones de Cogotas I.

Una vez trazada esta síntesis, el paso más inmediato es ver en que punto de esta problemática se insertan los conjuntos excavados de Costamar. Para ello, creemos oportuno hacer una referencia a todos los yacimientos conocidos con fechas radiocarbónicas dentro del segmento cronológico *circa* 1500-1000 cal BC. En la tabla de la figura 8 (elaborada a partir de Barrachina, 2004) se hace referencia a todas las dataciones conocidas para estos límites cronológicos, entre las cuales se insertan las muestras de Costamar. Como se puede observar, dentro del rango de fechas en las que se mueven las cerámicas de Costamar, serían coetáneos los yacimientos que se reflejan en la tabla simplificada que mostramos a continuación. Se ha incorporado en una columna que simboliza el tipo de registro de materiales que presentan estos yacimientos en esos momentos; para ello emplearemos las siguientes abreviaturas, BTIM=bronce tardío con influencias meseteñas, BT=bronce tardío sin influencias de la Meseta.

YACIMIENTO	Cal BC 2 σ	TIPO
Pic dels Corbs, Sagunto	1728 - 1219	BTIM
Orpesa la Vella, Orpesa	1683 - 1132	BTIM
Pic dels Corbs, Sagunto	1616 - 1219	BTIM
Les Raboses, Albalat dels Tarongers	1520 - 1223	BT
Puig de la Nau, Benicarló	1516 - 1012	?
Pic dels Corbs, Sagunto	1427 - 1012	BTIM
COSTAMAR GE 097 UE 09703	1380 - 1120	BT
Cova del Mas d'Abad, Coves de Vinromà	1410 - 920	BT
Abric de les Cinc, Almenara	1394 - 843	BT
COSTAMAR GE 108 UE 10832	1200 - 930	BT
Pic dels Corbs, Sagunto	1294 - 832	BTIM
Torrelló del Boverot, Almassora	1210 - 900	BT

Figura 8.— Tabla comparativa de asentamientos con y sin influencias meseteñas. En negrita aparecen los yacimientos con fechas sobre muestras de vida corta.

Los contextos cerámicos más importantes recuperados en Costamar se vinculan a un bronce tardío sin influencias de la cultura de Cogotas I. Tanto el grupo estratigráfico 97-350 como el 108 carecen de las formas (recipientes de carena alta que se pueden asimilar a la Forma 4.2a-4a de la tipología de A. Barrachina) y del catálogo de técnicas y diseños decorativos propios de las producciones cogoteñas.

Los paralelos más cercanos a los contextos de Costamar lo constituyen la Cova del Mas d'Abad (Coves de Vinromà), l'Abric de les Cinc (Almenara) y Les Raboses (Albalat dels Tarongers), dentro del ámbito septentrional del territorio valenciano y con dataciones absolutas sobre muestras de vida larga (véase gráfico comparativo en el CD adjunto). Sin embargo, aunque a nuestro juicio esta filiación resulta manifiesta, es conveniente introducir una serie de aclaraciones.

El grupo estratigráfico 97-350, con una datación 1380-1120 aC, reproduce parte de las características que se observan en estos yacimientos: un repertorio vascular de cerámicas heredadas del bronce pleno al cual se le suman nuevos prototipos. La pieza C-097-35003-07 (Fig. 1, 13), un vaso carenado de perfil abierto, es un fiel reflejo de los cambios formales experimentados desde mediados del II milenio. Esta clase de vasos cerámicos se pueden aislar en los yacimientos antedichos y han sido considerados como una especie de “fósil director” consecuencia del salto evolutivo experimentado en la cultura material. No obstante, resulta significativo cómo este ejemplar es el único de su especie dentro de los conjuntos revisados. Es posible que un inventario exhaustivo permita localizar algún fragmento más de este tipo concreto, pero no deja de ser curioso que en todos los restos contabilizados no se hayan registrado más casos. De otro lado, como ya se explicó en el apartado correspondiente, el grupo estratigráfico 97-350 ha aportado un grupo de formas cerámicas que podríamos definir atípicas en yacimientos del mismo periodo (especialmente Fig. 1, 7-9, 12).

El volumen de restos aparecidos en el grupo estratigráfico 108 es considerable; sin embargo, pensamos que en este conjunto se puede observar una gran cohesión. De esta manera, pese a que es evidente que la aportación de los depósitos que componen las distintas fases de la cabaña son hechos diacrónicos, entendemos que esta secuencia estratigráfica se generó en un corto periodo de tiempo. Todos los materiales muestran unos rasgos compartidos que se rastrean sin problemas desde los niveles más antiguos de la ocupación (fase I) a los niveles de abandono (fase post-deposicional). Por lo tanto, consideramos que todas las fases en realidad presentan un conjunto de materiales que son la expresión de una misma *facies* cerámica, que se ha de fechar (tomando como referencia la muestra de la fase III) dentro del intervalo temporal situado entre el 1208 y el 930 cal BC.

Dicho esto, las cerámicas de la cabaña introducen un repertorio cerámico que, a la luz de los restos que se han documentado en excavaciones adscritas al mismo horizonte, se podrían considerar “arcaicas”. Desde este punto de vista, no sólo resulta evidente la ausencia de prototipos característicos del bronce tardío, como son los vasos carenados de perfiles exvasados, cazuelas con carena alta, etc., sino que también es palpable cómo este repertorio cerámico tiene una gran conexión con muchos de los morfotipos característicos del bronce pleno. Este aparente conflicto entre la fecha radiocarbónica y la imagen arcaizante que proyectan los materiales, podrían plantear la duda de que la muestra sobre la que se obtuvo la datación estuviera contaminada. Con todo, habida cuenta la selección de las muestras, la secuencia estratigráfica registrada, la escasez de dataciones sobre muestras de vida corta existentes para esta fase de la edad del bronce valenciano (véase gráfico comparativo en CD adjunto), y tras analizar los registros que pueden considerarse contextualizados y separar las asociaciones de materiales descontextualizados, no podemos descartar que se vayan documentando casos semejantes al del grupo estratigráfico 108 en otros yacimientos. Futuras dataciones absolutas basados en muestras de vida corta, en este y otros contextos, así como el avance de la investigación en otras excavaciones, permitirán afinar más las hipótesis de trabajo aquí planteadas.

Teniendo presente estos planteamientos, la lectura que hacemos es que tanto el grupo estratigráfico 97-350 como el 108, más allá de sus diferencias, constituyen un ejemplo de la perduración de lo que se ha denominado bronce tardío sin influencia de Cogotas I, dentro de un momento avanzado de la segunda mitad del II milenio.

Es evidente, dejando de lado aquellos paradigmas cercanos a nuestro caso, que actualmente hay un gran vacío de información de cómo este bronce tardío evoluciona a lo largo del marco cronológico que va *circa* 1500 a 1000 cal BC, sobre todo en sus etapas más recientes. A nuestro entender, la información aportada por la investigación en el área castellanense permite trazar un esquema que se puede observar en el gráfico de la página siguiente. En este cuadro sinóptico, se intenta poner de relieve la diversificación de situaciones que experimenta el bronce tardío en el área de Castellón, sobre todo en su estadio más avanzado.

Evidentemente, es una simplificación ya que el examen pormenorizado de cada caso permite introducir matices. En los últimos trabajos que se están realizando, la existencia de un horizonte con indudables rasgos de Cogotas I parece estar cada vez más demostrada, siendo quizás el ejemplo más inmediato y mejor constatado el de la fase III del Pic dels Corbs. A pesar de este paradigmático caso, en líneas generales algunas investigaciones sostienen que el grado de implantación de la tradición mesetefia en tierras valencianas es mínimo, y no va más allá de una simple influencia

técnica, hasta el punto de haber llegado a ser tildada como de “reciclada” por los alfareros locales (Abarquero, 2005, 313). Queda por tanto una gran labor en la que debemos intentar sopesar el valor real de esta influencia y definir hasta qué punto se cristaliza en cada yacimiento. Así mismo, es imprescindible poder determinar el modo en que se produce y a qué factores puede obedecer esa transición hacia un bronce tardío en las que son patentes las influencias de la Meseta, frente a una pervivencia de un substrato que continúa su propia evolución, en el que ejemplos como la Cova del Mas d’Abad, l’Abric de les Cinc, Torrelló del Boverot y Costamar son un exponente claro de este proceso. A nuestro juicio, quedaría por desentrañar la relación que existió entre ambas dinámicas.

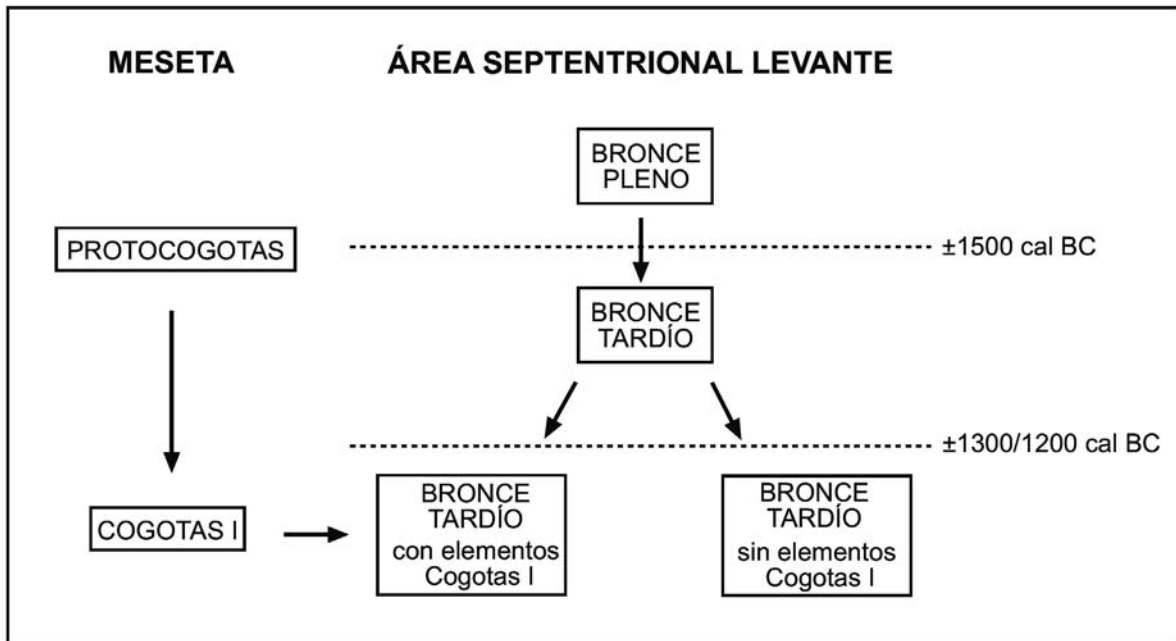


Figura 9.- Cuadro sinóptico del bronce tardío en el área septentrional levantina.